

del malvado tetrarca. Este los presenciaba contento y regocijado, y como sus áulicos conocian que aquello complacia á su señor, esforzábanse por multiplicarlos y repetirlos, hasta tanto que Heródes, cansado ya de aquella escena, y deseando buscar nuevas distracciones en otras cosas, dijo:

—Basta ya de esta escena: demasiado tiempo hemos ocupado en un asunto que merece tan poco, y puesto que Pilatos, con deseos de renovar su amistad conmigo me ha enviado el orate, es justo que yo se lo vuelva á enviar á él para que le juzgue definitivamente.

Y llamando á dos cortesanos de los cuales hacia mucha confianza, tal vez por ser los mas degradados, les dijo:

—Acompañaréis el Nazareno al pretorio, y diréis al Pretor que yo no he sabido ver en Jesús de Nazareth otra cosa que un loco, y que en tal concepto no le juzgo capaz de ninguna mala accion. Esto, sin embargo, si él despues de haberlo examinado mejor le cree criminal, puede sentenciarle con toda libertad, sin temor de que yo oponga ningun reparo á la ejecucion de la sentencia. Añadidle, por fin, que como yo no tengo jurisdiccion en Jerusalem, tampoco puedo fallar la causa en definitiva. Despues de este mensaje le saludaréis cordialmente de mi parte, y le haréis presente que deseo reanudar con él las antiguas amistades... Id ya, y mirad que espero con impaciencia vuestro regreso.

Los dos cortesanos señalaron en ademan á la vez imperativo y de mofa, la puerta del salon á Jesucristo, y acompañados de los sacerdotes y de los enemigos del Salvador, ébrios de coraje, salieron del palacio en que moraba el tetrarca de Galilea.

El efecto que Jesucristo produjo en la plebe de sus ene-

migos es indescriptible. Mientras los mas ligeros reian á grandes carcajadas, los mas avisados, penetrando la intencion del tetrarca en aquella vestidura blanca y en aquel cetro de caña, lloraban de ira, y blasfemaban como paganos, y amenazaban como demonios.

Y tanto los unos como los otros prodigaban al Cristo durísimos tratamientos, é insultos tan soeces y repugnantes, como sus malditas cabezas podian combinar en fuerza de la pasion infernal del odio que les dominaba.

Y así con gran estruendo y algazara llegaron de nuevo al pretorio, en donde Pilatos hallábase bien lejos de suponer la delicada situacion en que le colocaba la frivolidad de Herodes.

CAPITULO XI.

Barrabás.

Con indignacion recibió Pilatos el mensaje que Herodes le enviaba por medio de sus dos cortesanos. Nuestros lectores ya conocen tan bien como nosotros las causas de dicha indignacion, y por este motivo no nos detendremos en mentarlas otra vez.

Esto, sin embargo, Pilatos fingió recibir satisfecho á los cortesanos del tetrarca, que luego despues de haber llenado su cometido, despidiéronse del pretor, llevando á Herodes el testimonio y la seguridad del *afecto* que le profesaba el marido de Prócula.

Y desde aquel momento el pretor y el tetrarca volvieron á ser amigos, pero no con esa amistad franca y cordial de las personas que se estiman, sino con la amistad mentida y calculada que une á las personas que por sus posiciones rigen los destinos de los pueblos. Hoy dia á semejante amistad se le daría el nombre de *diplomática*, y harto sabemos por experiencia lo que significa.

Cuando los cortesanos del tetrarca se hallaron fuera de la presencia de Pilatos, este desahogando su mal humor, dijo:

—¡El necio no ha sabido entenderme!

Y luego fijándose en la manera ridícula y extraña como venía Jesús vestido, haciendo un gesto de desprecio, añadió:

—Ese tetrarca deshonor al imperio con sus bajas y plebeyas excentricidades. Tiberio es fuerza que le conozca, y que le conozca á fondo, porque Herodes es capaz de sonrojar á Roma.

Después, dirigiéndose á los soldados que custodiaban á Cristo, indicóles la caña que el Señor llevaba en la mano á modo de cetro, y les dijo señalándoles la puerta:

—Llevaos eso, y esperad en el atrio.

Los soldados obedecieron, y Jesús vestido con la ropa súa que le pusieran en la casa de Herodes, mantúvose de nuevo ante Pilatos, con la misma posición humilde y digna, resignada y noble que hasta entonces guardara allí.

Pilatos le miró lleno de compasión, y le dijo:

—Ya lo ves; Herodes te cree inocente pero loco; tus compatriotas se empeñan en verte culpable, pero cuerdo; yo no hallo en tí motivo de condenación, y por otra parte te juzgo sin culpa, pero á pesar de todo te llevan otra vez delante de mí para que te juzgue y condene. ¿Quieres decirme tú qué es lo que debo hacer?

—Lo que tu conciencia te dicte, según los fueros de la justicia;—respondióle humildemente el Salvador.

—¿Esperas justicia, pues?

—Me he puesto del todo en manos de mi Padre celestial, y Él permitirá que suceda lo que mas convenga.

—Pero eso no es una contestación.

—Sí, por cierto.

—Otra vez vuelves al intrincado laberinto de tus razones, y esta no es cosa que se pueda debatir en un tribunal. Si te salvas; si sales libre de la acción de la justicia, entonces desearía oír de tus labios la exposición de tu filosofía.

—La exposición de mi doctrina podrás oírla de otros labios también, y ver tu deseo satisfecho aun cuando yo muera; pero ten en cuenta que nada entenderás de ella si solo te anima el espíritu de la curiosidad.

—¿Qué espíritu ha de animarme, pues?

—El de conocer la verdad.

—¡Otra vez la verdad!—dijo Pilatos sonriendo amargamente.

Y como fascinado por el Señor, estúvole contemplando por algunos momentos con verdadera expresión de respeto.

Después dijo:

—Herodes te ha tomado por loco, pues tú no te has dignado contestar ni á una siquiera de sus preguntas, ni acceder á uno tan solo de sus deseos. ¿Sabes que me extraña mucho que hables conmigo, siendo como soy un idólatra, y que no hayas hablado con Herodes, siendo como es un hombre que profesa la religión de Moisés?

—Es que Herodes me preguntaba por curiosidad, y tú me has hablado siempre deseando conocer la verdad. El orgullo está mas lejos de mí que no lo está el cielo empujado de la profundidad de los abismos, pero mi dignidad

no me ha permitido convertirme en un instrumento de las frívolas vanidades del tetrarca. Si el espíritu de la verdad le hubiese animado, hubiera entendido también mi silencio, como tu entiendes mis palabras.

Pilatos vióse otra vez lleno de grande admiración en vista de la respuesta de aquel hombre extraordinario, y más aun considerando la grandeza que en medio de su infortunio demostraba.

Y sin saber cómo, hallóse aturdido, casi anonadado, como se halla un rústico patán, cuando se le presenta de improviso el rey de su nación.

Finalmente y después de muchos esfuerzos, Pilatos pudo salir de su anonadamiento, y dijo:

—¿Pero á que perder el tiempo? ¿No te han conducido aquí para que te juzgara?

Y saliendo al balcón del tribunal, que como sabemos, daba á la plaza del pretorio, iba preocupado, deseando librar al hombre misterioso, que con una sola palabra tenía el poder de anonadarle; al hombre misterioso en quien viera más majestad y dignidad que en el mismo Tiberio y en todo el pueblo romano.

—¿Quién es Jesús? — se preguntaba en medio de su gran preocupacion. —¿Qué poder es el que le asiste, pues tiene el suficiente para inspirarme más respeto, en medio de su infortunio, que el que me inspira el Emperador en medio de sus glorias? ¿Quién es Jesús? ¿Es hombre? No; debe ser algo más. ¿Es un semidios? No; los semidioses son hombres divinizados después de muertos, por la admiración de los demás hombres. ¿Es un dios?... No; debe ser más, mucho más; porque ¿qué son los dioses sino las pasiones de los hombres, elevadas á la divinidad?... ¿Qué es, pues, Jesús? Él lo dice; ¡es la ver-

dad!... ¿Y qué es la verdad? ¡Enigma indescifrable, capaz de volverme loco!... ¡La verdad es una utopía, es una mentira bajada del cielo, es la ilusión que sonríe siempre á los hombres de corazón entero y de vida irreprochable!... ¡La verdad es la mentira!

¿Pues no estoy delirando, y soltando los mayores desatinos? ¡Oh! sin duda que *ese hombre* ha de volverme el juicio, si me obstino en penetrar lo que es, cuando es un enigma apenas descifrable por él mismo...

«¿Pero á mí qué me importa? ¿Me lo han conducido aquí para que me entregue acerca de él á divagaciones filosóficas? ¿No lo han conducido aquí para que le juzgue? ¿No le he juzgado ya? ¿Qué es Jesús para el pretor de Roma? ¡La inocencia objeto de la envidia y de las pasiones de los malvados! ¡Esto es Jesús para el juez! Esto debe ser Jesús para Pilatos. Lo demás ¿qué me importa?»

Y diciendo esto tendió sus miradas por el anchuroso espacio de la plaza, que se hallaba llena de bote en bote.

Los sacerdotes y demás enemigos de Cristo, previendo una nueva resistencia por parte de Pilatos á condenarle, hallábanse esparcidos por todo el espacio de la plaza, concitando al pueblo contra el Salvador, y removiendo con el soplo del infierno las olas de la tempestad humana, que debía estallar allí contra la inocencia y el amor divinos.

El Pretor, que si antes se hallaba irritado, sentía que esta irritación creciera de punto, viendo que forzosamente debía dictar una sentencia, con entonación despótica mandó que los príncipes de la Sinagoga se presentaran delante del balcón, para contestar á sus preguntas.

Los enemigos de Cristo obedecieron inmediatamente, porque en la orden de Pilatos había mucho del salvagismo de la fuerza. salvagismo que no se desprende nunca de las

naciones mas cultas, si estas tienen el apoyo de su base en un grande ejército, acostumbrado á vencerlo y á humillar todo. Aquella voz de mando era denigrante para los que la habían recibido, pero por muy susceptibles que fueran, tuvieron por conveniente acallar los gritos de indignación, que dentro del alma les daba, lo que ellos apellidaban su dignidad.

Cuando vió el Pretor debajo del balcón del tribunal á los acusadores é implacables enemigos de Cristo, les dijo:

— Ya lo veis; no solo soy yo el que encuentro inocente á Jesús de Nazareth, sino que tambien lo da por tal el tetrarca Herodes. ¿Á qué quedan reducidas, pues, vuestras acusaciones?

— Esto sin embargo, nosotros persistimos en acusarle de los delitos de sedicioso y de trastornador del orden público: — contestó Caifás con energía digna de causa mejor y mas justa.

— Su crimen es contra Tiberio, y tú debes velar por los intereses de Roma que entre nosotros representas: — dijo á su vez Onkelos, teniendo presente que aquel punto era el flaco del Pretor.

— No sois vosotros los que debéis darme lecciones acerca de los deberes que su posición me impone, entre un pueblo tan díscolo y rebelde.

— Y sin embargo de ser el pueblo díscolo y rebelde como dices; — contestóle el fariseo con altanería; — ofrece hoy la singularidad de acusar ante el tribunal de Roma á un temible sedicioso, que pretende levantar en armas la Judea contra las águilas imperiales.

— Es un interés muy sospechoso el que ese pueblo demuestra á Roma, y muy cándido debería ser el que diese crédito á vuestras acusaciones, cuando para formularlas os

presentais vosotros á la cabeza de un motín, ó poco menos. De todas maneras no puede el representante de la justicia condenar al que aparece inocente no solo en un tribunal, que debe por obligación velar por altísimos intereses, sino en dos tribunales animados por los mismos propósitos, y obligados á los mismos deberes. No esperéis, pues, que Pilatos condene al que ha dado otra vez por inocente, cuando tiene en corroboración de su justicia la sentencia de Herodes, igual á la suya.

El Pretor hablaba mucho, y esto era una prueba de que iba perdiendo las fuerzas de su energía intimidada. Si esta energía hubiese permanecido entera, si Pilatos se hallara resuelto á todo para libertar al inocente Jesús, hubiera dicho á los príncipes y á la plebe de los judíos:

— ¡ Yo no condeno á un inocente!

Pero Pilatos faltó de esta energía, la única cosa que podía salvar la vida de Cristo, empezó á demostrar á los enemigos de Jesús, que no tenía suficiente resolución para hacer justicia á la inocencia. Entonces fue cuando con palabras inútiles pretendió alcanzar lo que podía conseguir con mas breves y terminantes frases.

Esto lo conocieron los príncipes de la Sinagoga, y suponiendo con certeza que corrían buenos vientos para su maldita empresa, resolvieron continuar acusando á Cristo, y mezclaron el nombre del emperador Tiberio en cada acusación, con una insistencia desesperante y aterradora para el débil Pretor.

Y este rugia de rabia, como debe rugir el león que ha caído en poder del tigre, y dudaba sobre lo que en aquel momento debía hacer, si vindicar su dignidad, manteniéndose firme en lo que había dicho, ó si ceder á las pretensiones de los judíos, á fin de que no se presentara con-

tra él una acusacion al Emperador , que le hiciera perder el destino y la gracia de Tiberio , cuya implacable fiereza le era muy conocida.

Y hallándose en esta lucha interior , y deseando de todas veras salvarse , y salvar al Cristo divino , apuraba los recursos de su imaginacion , para ver si por fin le ofrecia un medio , en virtud del cual poder conciliarlo todo. Pero este medio no existia , por mas que Pilatos creyese verle en un incidente que en aquel momento mismo se promovia en la plaza.

Este incidente era causado por los amigos de Jesús ; este incidente era promovido por Nicodemus y José de Arimatea , porque es de saber que el noble y anciano senador habia ya desechado bastante el miedo , que hasta el juicio último del Sanhedrin habíale dominado.

Estos dos nobles personajes ; estos santos varones habíanse propuesto luchar hasta la muerte para salvar la preciosa existencia de Jesús , y conociendo que para el efecto su presencia era necesaria en la plaza del pretorio , acudieron resueltos á ella , con el intento de morir por Cristo , ó de trabajar con todas sus fuerzas para defénderle , y si era posible , salvarle.

Además querian testificar en favor del divino Nazareno , pero como Pilatos no pedia los testigos en pro del Salvador , como Pilatos seguia atestiguando públicamente la inocencia del Mesías , observaron que su propósito en lo tocante á esta parte era inútil , y al efecto contentáronse en reunir en torno suyo algunos de los que veian con profundo sentimiento , las inícuas y sanguinarias pretensiones de los enemigos de Cristo.

Hallábanse , pues , algunos partidarios del Señor esparcidos por la plaza , y otros estaban junto á Nicodemus y

José de Arimatea , ya para defenderles de los enemigos de Cristo , ya para obrar segun conviniera , á fin de hacer la oposicion á las pretensiones y á los deseos inícuos de los malvados príncipes de la Sinagoga.

Nicodemus y José creyeron haber llegado el momento de obrar sobre la opinion del pueblo , secundando los deseos que animaban al pretor de libertar á Jesucristo , y al efecto gritaron :

— La Pascua ha llegado ; ¡ suéltanos el preso como es costumbre!...

Este grito dado por un número muy considerable de voces , desde todos los extremos de la plaza , aun que llegó bastante confuso á los oidos del pretor , adivinóle este mejor que lo entendió , y asiéndole con verdadero regocijo , como el náufrago se ase de una tabla , respiró con libertad. Creia haber encontrado el recurso que para salvar á Jesucristo pedia á su mente , y que esta rebelándose , le negaba.

— ¡ Ah!... — se dijo para sí ; — ¡ se ha salvado!...

Los príncipes de los sacerdotes se estremecieron. Adivinaban la obra de Nicodemus en el grito que el pueblo acababa de dar , pidiendo al pretorio que soltase al preso de costumbre , porque era la Pascua.

Y la presencia de Nicodemus allí les atemorizaba doblemente , primero , porque en la defensa de Jesús habíale conocido hombre sábio y de una energía poco comun , y segundo , porque podia acercarse á Pilatos , repetir la defensa hecha ante el Sanhedrin , y referir historias al pretor , que á los príncipes de la Sinagoga convenia fuesen historias secretas. Por otra parte , no desconocian la influencia que Nicodemus tenia entre el pueblo , á causa de sus costumbres irreprochables , y temían además que capi-

tanearse, al mismo tiempo, el gran número de judíos discípulos de Cristo, que en aquel momento se albergaban en Jerusalem.

Por lo que se ve, Nicodemus era para sus malvados compañeros una potencia tan terrible como amenazadora, lo que explica la turbacion de los enemigos del Cristo, al oír las voces que el pueblo fiel á Jesús elevaba á Pilatos, con el intento de salvar á su divino Maestro.

Onkelos profirió una tremenda imprecacion, mientras que Anás inspirado por el infierno, enviaba á Eleazar y á Sadoc, en compañía de Ananías, Achazías y otros, á mantener el espíritu de las masas en contra del Cristo, y en favor de las exigencias del Sanhedrin.

Mientras tanto los partidarios del Salvador, y muchos otros indiferentes, continuaban gritando cada vez con voz mas robusta, y cada vez en mayor número de voces:

— ¡Suéltanos el preso como es de costumbre!...

¿Qué costumbre era esa? El lector tiene derecho á saberla, y yo no pretendo pasar por alto su relacion, aunque la haré del modo mas breve que me sea posible.

Héla ahí:

Algunos dias antes del equinoccio de la primavera, empezaba para los hebreos el primer mes del año religioso, que era conocido con el nombre de *Nisan* ó de las nuevas mieses. Por él empezaba el año religioso, porque de él databa la constitucion del pueblo en nacion independiente, á causa de haberles libertado el Señor de la servidumbre de Egipto el dia 14 de aquel mes, dia en que el pueblo israelita celebró, como sabemos, la primera Pascua, que significa *tránsito*.

El mismo dia del mismo mes de Nisan, esto es, el 14 esperaba el pueblo judío, por antiquísima tradicion verse li-

brado, engrandecido y glorificado por el Mesías. Esta esperanza profética, como se ve, iba á tener cumplido efecto en el dia mismo que esperaban, aun cuando los malvados judíos se empeñaran en cerrar los ojos para no verlo.

Ahora bien: para recuerdo de la libertad obtenida en Egipto, y como figura de la que esperaban obtener por medio del Mesías en aquel dia, establecióse de tiempos inmemoriales, la costumbre de dar libertad á uno ó mas prisioneros el dia 14 de Nisan. Esto, sin embargo, es de advertir que en los buenos tiempos de Israel, no se soltaban con tal motivo los grandes criminales, sino aquellos que habian cometido algun delito por el cual no merecieran la última pena.

Andando el tiempo, y cuando los romanos entraron á dominar en Israel, aquella buena costumbre desnaturalizóse en parte, á causa de los principios que profesaban los rabinos, en lo tocante á la vida de los hebreos, principios que en otro lugar hemos expuesto extensamente. Así es que por esta causa llegóse á conseguir de los gobernadores romanos que dieran libertad á un reo de muerte, con motivo de la fiesta de la Pascua. Ninguna violencia hubieron de hacerse los delegados de Roma en Judea, pues con ello seguian en parte las costumbres de la ciudad de las siete colinas, cuando llegaba para ella la época de esas fiestas repugnantes que llamaban *bacanales*. Esta costumbre era la de abrir las cárceles de Roma, y dar libertad á los presos, ya fuesen reos de delitos insignificantes, ya de crímenes espantosos, y dignos del mas ejemplar castigo. Los gobernadores de Roma en Judea, no vieron mas que un plagio en la pretension y súplica de los hebreos, acerca la libertad que les pedian para un reo de muerte, con motivo de la Pascua, y, como hemos dicho ya, no titubearon en con-

cederles lo que pedían, y en establecer la costumbre de que nos ocupamos. Esta costumbre, mas humanamente reformada, ha trascendido hasta nosotros, y aun se conservaba en España, cuando era mas feliz que no lo es en los presentes días: nuestros reyes en el acto de adorar la santa cruz, el día del Viernes santo, en memoria y por amor de Aquel que para salvarnos murió en ella, perdonaban á algunos reos, y conmutaban la pena á otros, salvando siempre la vida á un criminal condenado á muerte.

Pero volviendo á nuestro asunto, despues de haber referido sucintamente la historia de la costumbre hebrea acerca este punto, parécenos que nuestros lectores no extrañarán ya que Nicodemus viese en ello un buen motivo para salvar á Jesús, ni que Pilatos se asiera de él con tanto afán, ni que el pueblo pidiese la práctica de aquella costumbre, ni tampoco que los enemigos implacables de Cristo temieran tanto por el resultado del grito que daba el pueblo amigo de Cristo, ó del simplemente amante de las glorias y de las prerogativas de la nacion.

Despues de estos detalles, que hemos hecho tan breves como nos ha sido posible, tornemos de nuevo á la accion del tremendo drama que desarrollamos.

Pilatos hizo un ademan imperativo como para imponer silencio, y cuando los gritos que daban en la plaza los enemigos del Salvador hubiéronse acallado, el esposo de Claudia habló á los pontífices en particular, y al pueblo en general, de la siguiente manera:

—Como habeis visto, Herodes no encuentra en Jesús de Nazareth delito alguno por el que merezca la muerte, y yo os he repetido diferentes veces que no hallando tampoco crimen en él no quiero condenarle. Acabais de recordarme una costumbre que Roma ha tenido á bien otorgar á la

Judea, y esta costumbre es la de dar libertad á un reo de muerte con motivo de la fiesta de la Pascua.

—Pero la costumbre es de dar libertad al reo que el pueblo judío pida al pretorio;—interrumpió Onkelos, siempre atisbando por qué parte podria combatir los propósitos de Pilatos, y volverlos en pro de las infernales ideas que animaban á la Sinagoga.

—Esa costumbre no es una prerogativa, y por tanto no obliga al pretor. Graciosamente se os ha concedido la vida de un reo de muerte, pero en esa concesion solo la tolerancia del pretorio y no el deber, ha sido lo que os ha concedido la libertad de elegir el reo que mejor os pareciere. Estoy, pues, en mi derecho eligiendo el acusado que mejor me acomode para ponerle en libertad.

—El pueblo reclama del pretor el respeto á la costumbre establecida, sin restricciones de ningun género:—exclamaron los sacerdotes, capitaneados por Anás y Caifás.

Y otras voces mas lejanas gritaron á su vez:

—¡Devuelve la libertad al inocente Jesús!

Pilatos no haciendo ningun caso, al parecer, de los dos gritos que resonaron en la plaza, pero animado siempre por el deseo de salvar la vida al Cristo, pensó conciliarlo todo con una idea que de ocurrirle acababa, idea por medio de la cual, á su entender, satisfacía los dos bandos, y á la vez acallaba los gritos de su conciencia.

Y, sin embargo, aquella idea era verdaderamente infame, y lejos de conseguir los resultados que esperaba obtener, no satisfacía ninguno. Decimos mal; daba á los astutos y malvados príncipes de la Sinagoga una nueva demostracion de la debilidad del juez, y les quitaba el sobresalto, haciéndoles esperar fundadamente el fin maldito por el que tanto se afanaban, y el cual deseaban con tanto empeño.

Esta idea injusta, impía y hasta brutal; esta idea que tan luminosa pareció al aturdido Pilatos, y de la que esperaba tan buen resultado, en su concepto, esta idea inspirada por el miedo al fantasma, que con el nombre de Tiberio supieron ponerle delante los enemigos del Salvador, espúsola Pilatos con las siguientes palabras:

—Por de pronto le haré castigar...

Y aquí, advirtiendo tal vez que su dignidad andaba por el suelo, y se hallaba pisoteada por los príncipes de los sacerdotes, acordóse Pilatos del sarcasmo que tenía olvidado desde que el miedo le entrara en el corazón, y pensando que sería humillar á todos los judíos si en aquella circunstancia le usaba con acierto y tacto, continuó deseando vengarse:

—Sí; haréle azotar severamente, y así despues de azotado pondré en libertad á vuestro rey!

Los sacerdotes, percibiendo toda la amargura del sarcasmo usado por Pilatos, y no pudiendo dejar de conocer la humillacion espantosa que aquellas palabras eran para Israel, y particularmente para los congregados en la plaza, sintieron como que una mano pesada cayera con inaudita furia sobre su rostro, imprimiendo en él una afrenta terrible. Pero ellos eran impotentes para vengarla, y en presencia de esta impotencia, rojos de coraje y tartamudeando de ira, exclamaron por boca de Onkelos:

—Si te empeñas en ver á nuestro rey en el Nazareno, fuerza será que recuerdes que Tiberio no consiente reyes en sus estados.

—Los consiente, siempre que á esos reyes cualquier ciudadano romano pueda azotarlos como si fueran esclavos viles y despreciables, porque ya sabeis que en Roma solo se dan azotes á los esclavos. Bajo este supuesto, grato ha de

serle al César que yo mande azotar al rey de los judíos, y que le suelte despues, para mayor afrenta del uno y de los otros.

Observando Anás que Pilatos habia sabido, por medio del sarcasmo, colocarse en un buen terreno, y que léjos de cesar la humillacion de Judá, continuaba en aumento; aunque bramaba de ira y de coraje como el que mas, haciendo un esfuerzo supremo pudo dominarse, y aparentar que tomaba en son de burla las palabras del Pretor:

En consecuencia dijo:

—Reyes como el Nazareno puedes mandar azotarlos, sin que el pueblo reciba afrenta por los azotes que dés al impostor. Léjos de ello, el pueblo pide la pena de muerte para el sedicioso que pretendes castigar.

—Vale mas que lo tomeis con resignacion. Al fin y al cabo era lo único que podiais hacer, y lo que siempre os hubieran aconsejado las lanzas de Roma.

—¡Tu consejo parece una provocacion!—contestó Caifás con altanería.

—Y tus palabras una amenaza:—gritó Pilatos.—Pero ten en cuenta que represento un poder que castiga las amenazas con la muerte; ten en cuenta, Caifás, que solo á mi paciencia es debido que conservais tú y los tuyos la lengua aun.

Pilatos tenia razon, y los príncipes de la sinagoga no pudieron dejar de reconocerlo así. Por este motivo Anás y Onkelos dijeron á Caifás:

—Es preciso que cedas, es preciso tener paciencia, porque ¡ay de nosotros y de nuestros propósitos, si el leon se enfurece!

—¡Pero esto no puede aguantarse!—dijo el sumo sacerdote dando una patada en el suelo, en vista de la contradiccion que observaba por parte de los suyos.

— Á pesar de todo hemos de tener paciencia, si no queremos deshacer en un momento lo que tantos sudores y fatigas nos ha costado:— replicóle el suegro con energía.

— ¡Pero tanta humillacion!... Ya solo falta que á Pilatos se le ocurra pisotearnos...— insistió Caifás.

— La cuestion es que muera el Nazareno, y que nosotros quedemos con vida. Despues ya meditarémos con calma sobre lo que mas conviene hacer:— añadió el rencoroso fariseo.

Caifás encogióse de hombros, y con rabia mal disimulada dijo:

— Tengamos paciencia; sí, tengamos paciencia!

Mientras tanto Eleazar, Sadoc, Ananías, Achazías y todos los que se habian mandado entre las turbas por los motores de aquella máquina infernal, para animarlas á pedir la muerte de Jesucristo á todo trance, iban desempeñando su cometido con una inteligencia superior á la que naturalmente tenian, y con un tacto que no era de esperar, atendidos sus antecedentes. Y esto nada tiene de extraño porque el diablo moraba en sus cuerpos, y la inteligencia infernal habia substituido á su inteligencia ruda y de cualidades nulas.

El pueblo de la plaza que era enemigo de Cristo, aquel pueblo que llevaran allí los manejos de Eleazar y de Sadoc, no podia dejar de hallarse en contra del divino Nazareno, no podia dejar de mostrarse implacable contra el Salvador del mundo, pero como era una especie de máquina, necesitaba á su vez las inspiraciones de los pontífices que le capitaneaban, para saber á qué atenerse y lo que debia hacer en aquella circunstancia. Atendidas todas estas razones, bien necesaria le era la presencia del hijo de Anás y de sus compañeros malvados, para instruirle sobre lo que debia pedir,

y acerca la manera como debia manejarse en la nueva faz que presentaba aquel asunto, desde que Pilatos habia accedido á los deseos de los amigos de Jesús.

Y cuando Caifás pronunció las últimas palabras de su diálogo con el viejo pontífice y con Onkelos, los enemigos del Redentor, que llenaban la plaza, habiendo oido las excitaciones de los compañeros de Eleazar, sabian ya lo que debian pedir y á qué atenerse, con el objeto de obligar á Pilatos á dar la sentencia de muerte contra el que era el autor de la vida.

— Los partidarios del Nazareno, como veis, hacen el último esfuerzo para salvarle, — les decia Eleazar; — hagamos, por nuestra parte, un esfuerzo mayor aun, y nuestra será la gloria del éxito.

— ¿Qué debemos hacer? — le preguntaban.

— Preferir la libertad del criminal mayor, á la libertad del Nazareno.

Oyendo esta contestacion el pueblo se llenaba de asombro, y para acallararlo proseguia Eleazar:

— Los criminales, por grandes que sean, volverán á caer en nuestras manos, y entonces recibirán el castigo que por sus delitos merecen, pero si el Nazareno recobra la libertad, además de ser esto una grande humillacion para Israel, ¿cuándo podremos apoderarnos de él otra vez?

Y el pueblo, que oia este raciocinio malvado, y lleno de mas perversidad de la que cabe en el mismo infierno, convencíase de que *por el honor del Sanhedrin y por la dignidad de Israel*, convenia pedir la libertad de cualquier criminal, antes que consentir la del divino Redentor.

En estas disposiciones hallábase el gentío reunido en la plaza (se entiende, el gentío enemigo del Salvador, que sobrepujaba en mucho al que le era amigo), cuando Pila-

tos, que les habia concedido algunos momentos para deliberar y ponerse de acuerdo, dijo:

—Tengo preso en mi poder á un ladron y asesino, cuya horrible historia conoceis perfectamente vosotros, que lo habeis puesto en mi poder, para que le condenara á muerte, en castigo de sus fechorías. Estudiada la causa, héme convencido de que efectivamente era un criminal digno del patíbulo. Sedicioso además de ladron y asesino, vosotros sabeis tambien que ha promovido un motin en la ciudad, y que en ese motin sus manos se han teñido con la sangre de uno de sus hermanos, en la sangre de un hombre que era compatricio suyo. Por todos estos delitos merece el ladron, el asesino, el sedicioso, la pena de muerte, y yo no puedo perdonarlo. Este hombre malvado, es tanto el horror que os causa, que con nombrarle tan solo os estremecéis. Se llama Jesús (1), y es hijo de Abbas (2).

No esperaban, por cierto, los hebreos congregados delante del pretorio, las palabras que Pilatos acababa de dirigirles, y por consiguiente no pudieron detener todos un movimiento de asombro. El nombre de Jesús, hijo de Abbas, que de ahora en adelante llamaremos Barrabás, era en verdad un nombre que ponía espanto, hasta en los judíos mas endurecidos en la maldad. El asombro y el estu- por que de ellos se apoderó, se explica perfectamente con los mismos antecedentes que Pilatos daba con calculado intento.

El gentío de la plaza miróse sin saber qué pensar, sin

(1) En muchos manuscritos del tiempo de Origenes se lee: «¿Á quién daré la libertad, á Jesús Barabbas, ó á Jesús llamado el Cristo?» Nada hay de particular ni de extraño en que el ladron llevase el mismo nombre que el Redentor, ni es cosa que choque ni repugne. Así lo dice el Dr. Sepp, en su *Vida de Jesucristo*.

(2) La palabra Barrabás, en hebreo Barabbas, se componia de dos, á saber: de Bar que significa hijo, y Abbas que era el nombre del padre del ladron. Lo mismo dice el Dr. Sepp.

saber qué decir, si el pretor llegaba á preguntarles cuál de los dos querian que les soltase; si ponía en comparación al Salvador divino con el ladron llamado Barrabás, y daba á elegir al pueblo.

Esto lo previeron tambien los sacerdotes y los príncipes de la sinagoga, y aun cuando la fama y la persona del ladron y asesino les llenaba de verdadero pavor, no por eso hubieron de pronunciar una palabra siquiera á fin de ponerse de acuerdo. El odio y la envidia que profesaban al inocentísimo Jesús, era infinitamente superior al miedo que las fechorías de Barrabás les inspiraban, fechorías que no perdonaban á nadie, por alta que fuese su categoría, si por acaso el ladron ponía los ojos en un hombre; fechorías de las que podían ser fácilmente los príncipes de Judá las primeras víctimas, por mas que estos príncipes hubiesen contribuido á poner al ladron y asesino en libertad, despues de arrancarle de las garras de la muerte.

Pilatos prosiguió hablando al pueblo, sintiéndose mas esperanzado, en vista del movimiento de horror que observó en la plaza en el momento de pronunciar el nombre de Barrabás.

—Este criminal, este gran criminal, — dijo, — está bajo mi poder, se halla sentenciado, y hoy espíará los delitos de su vida espírándose en una cruz. Esto, sin embargo, y queriendo poner á uno de los presos en libertad, con motivo de la Pascua, os pregunto: ¿Á quién preferís que libre, á Barrabás ó á Jesús llamado el Cristo?

Pilatos esperaba que el fiel de la balanza se inclinaria en favor de Jesús, pero Pilatos se equivocaba. Por mucho que creyera conocer á los enemigos del Redentor de los hombres, no habia sondeado lo bastante su corazón, para darse cuenta de lo que podían el odio y la envidia en un

pueblo tan corrompido como era el pueblo hebreo, guiado por unos hombres tan malvados como eran los que acusaban á Jesús, y pedían su muerte con tanta instancia.

Así es que con notable asombro, y hasta con desesperación del pretor, la multitud que llenara la plaza, y que en su mayoría era enemiga del Salvador, contestó á la pregunta de Pilatos con una voz ronca y estridente, que parecía la voz de la tempestad:

— Sentencia á Jesús, y pon en libertad á Barrabás.

— ¡Es posible! — exclamó Pilatos lleno de indefinible espanto, porque espanto producían aquellas fieras en forma de hombres: — ¿es posible que conociendo á Barrabás, prefirais la libertad de este á la libertad del inocente Jesús?

— El Nazareno es cien veces más temible que el ladrón, — contestó Onkelos con una entereza digna de mejor causa.

— ¿Estais locos?... Si pongo en libertad á Barrabás, ¿quién os garantiza la vida?

— Y si pones en libertad al Nazareno, ¿quién puede impedir una revolución en Israel? — prosiguió Onkelos, un poco más animado, viendo que Pilatos dejaba el terreno del sarcasmo.

El Pretor, que deseaba de todas veras poner á Cristo en libertad, tanto para no cometer un horrible asesinato en forma de ejecución legal, como también para sacar á flote su empeño contra el empeño de los príncipes de la sinagoga, dijo con verdadera desesperación:

— ¿Qué haré, pues, del que llamais rey de los judíos?

La pregunta de Pilatos y la insistencia que demostraba en llamar á Jesús rey de los judíos, para mortificar al pueblo hebreo, y particularmente á los príncipes de la sinagoga, sublevaron más y más las iras de la plebe enemiga

de Cristo, así es que con verdadero furor contestó á la pregunta del débil romano:

— ¡Crucifícale!... ¡Crucifícale!...

Esta palabra estremeció los cielos, é hizo bambolear la tierra sobre sus ejes; la naturaleza, toda llena de horror, púsose á temblar, el sol veló su rostro de improviso, y percibiéronse en el espacio ayes y gemidos misteriosos, mezclados con voces que pedían venganza... Solo los enemigos de Cristo nada entendieron, nada conocieron del efecto que su infernal contestación había producido en toda la naturaleza.

Pilatos, luchando á la vez con su ira, con su desesperación y con un misterioso pavor que de él se apoderara súbitamente, con voz alterada, voz que no era ni de ira, ni de desesperación, ni de miedo, pero que se componía de las tres cosas, preguntó:

— ¿Qué mal ha hecho, pues? Decidlo, porque yo nada encuentro en él que merezca la muerte.

Y sin esperar á que el pueblo contestara á su pregunta, prosiguió con una resolución, al parecer inquebrantable:

— Le haré castigar severamente, y luego le pondré en libertad.

Y dichas estas palabras abandonó el balcón, dejando á muchos desesperados, á algunos sin saber qué pensar, y á muy pocos con la firme esperanza, con la seguridad de que saldrían al fin con la suya.

El jefe de estos últimos era Onkelos, que muy animado decía á sus camaradas:

— Esto marcha viento en popa. Un poco de constancia, y nada más.

Y como observara que alguno de sus compañeros fruncía el entrecejo, añadió con un tono lleno de satisfacción

y seguridad, que hasta entonces no habia dado á sus palabras:

— No lo dudeis; con un poco mas de constancia, nuestros deseos se verán del todo realizados. Por no sé qué misterioso procedimiento hemos llegado á convertirnos de débiles en fuertes. Pilatos se halla subyugado.

— ¿Quereis decir? — preguntóle Caifás, que deseaba tener fundados motivos para dar asentimientos á las rotundas aseveraciones de Onkelos.

— Al tiempo doy por testigo, y á fe que hemos de aguardar muy poco; por cierto.

— Pero ¿en qué os fundais? — insistió Caifás. — Yo no veo en la conducta del pretor mas que motivos para nosotros de poderoso sobresalto.

— Siento que seais tan míope, pero es cosa que no lo puedo remediar, — replicóle el fariseo con desprecio.

— Pero yo desearia conocer las razones en que os fundais, — insistió Caifás, sin darse por aludido del desprecio de Onkelos.

— Ya que teneis empeño en que os diga esas razones, y puesto que por ahora nada tenemos que hacer, os haré palpar esas razones, para que os convenzais.

Y aquí Onkelos hizo á Caifás, y á todos los que le quisieron oír, la relacion de las debilidades que habia notado en el pretor, recargando particularmente el acento en la última de ellas.

— ¿Qué significan, — decidme; — continuó despues de la indicada relacion; — qué significan las vacilaciones de Pilatos, sino que se siente débil; sino que el nombre del César le ha intimidado? ¿Qué significa la resolucion que acaba de tomar de hacer azotar al Nazareno, sino que quiere que nosotros nos demos por satisfechos con esa especie

de transaccion?... ¿No nos ha dicho diferentes veces que Jesús era inocente? Pues si es inocente, ¿por qué le castiga?... Con ese castigo ha dado el primer paso; ahora es una sentencia de azotes; despues será una sentencia de muerte de cruz, la que saldrá de sus labios... Y á deciros la verdad, yo me alegro de la resistencia del Pretor, porque esa resistencia y los deseos que muestra de salvar al Nazareno, dan al asunto un nuevo é inesperado episodio. Nosotros solo pedíamos la muerte de *ese hambre*, y Pilatos nos dará la muerte que exigimos para el Nazareno, con una buena añadidura de azotes, que siendo propinados por los robustos brazos de los bárbaros soldados, tengo para mí que serán cosa digna del sedicioso, y no menos digna de verse.

— ¡Ojalá! — observaron algunos, deseosos de que las indicaciones de Onkelos se cumplieran al pié de la letra.

El fariseo encogióse de hombros, miró en torno suyo con un soberano desprecio, y luego sin reparo alguno á contaminarse, y á contraer la impureza legal, que habia de impedirle comer la Pascua, entróse resuelto en el palacio del pretor.

¿Á qué iba aquel desgraciado?... Á presenciar el acto inhumano y bárbaro de la flagelacion. Esta era una escena en la que se prometia gozar mucho aquella fiera en forma humana.

Los sacerdotes de buena gana le hubieran seguido, pero el deseo de no escandalizar al pueblo retúvoles en la plaza, bien contra su gusto, mientras que Caifás musitaba entre dientes:

— Si Onkelos no es el mismo Satanás, ¿yo no sé lo que puede ser!...